

**Agosto 29, 2001**

## **EL OCIO Y LA QUEJA: MOTORES DEL CAMBIO**

**Por Agustín Saavedra Weise**

En un mundo donde el no trabajar y el quejarse parecieran estar en las antípodas de lo normal, aseverar que ambos factores son fundamentales para el cambio resulta ser aventurado. Empero y como intentaré demostrar, ello no es así. Muy por el contrario y sin entrar en “cientificismos” ni empirismos huecos, puedo afirmarles amigos lectores que sin ocio y sin quejas no hay cambios; “no pasa nada”, como vulgarmente se dice.

Comencemos con el ocio. Ya los griegos hablaban del “ocio creativo”, implicando con ello que solamente en la quietud del descanso era posible la creación. La mayoría de los filósofos antiguos o eran ricos o tenían mecenas que los sustentaban. Fue en base a esa vida holgada y de ocio, que hombres como Platón, Aristóteles, Arquímedes, Sócrates y otros gigantes del pensamiento pudieron lucubrar sus ideas e iluminar a la humanidad. Si se hubieran encontrado dedicados al “laburo” y a “ganarse el pan con el sudor de la frente”, no hubieran podido crear los fenómenos científicos y literarios que han donado para la posteridad a todos los seres humanos.

El ocio vale, no hay duda alguna. Piensen ustedes en algunos ejemplos prácticos. Hasta hoy nadie sabe quien inventó la rueda, pero es muy probable que haya sido un “flojonazo” de esos que, entre piedra y piedra que acarreaba forzosamente, se sentó a descansar y meditó acerca de cómo transportar carga sin tener que castigar sus sufridas espaldas. El “vago” que inventó la rueda revolucionó la vida del hombre y hoy no existe prácticamente nada mecanizado que funcione en este mundo sin que las ruedas y engranajes lo hagan girar o rodar. El invento más revolucionario de la humanidad fue –casi con certeza– descubierto por un ocioso, por alguien que hizo un alto en el camino de la ardua tarea cotidiana.

Aquellos apóstoles del trabajo a ultranza han llevado a éste casi hacia el límite de la sacralización, tratando –a su vez y en paralelo– a toda forma de ociosidad como frívola, decadente o negativa. Personalmente no estoy de acuerdo y someto mis ideas al juicio del lector. Reitero y sostengo que el ocio vale, que la capacidad de crear viene con las condiciones de holganza que proporciona el “dulce far niente”. Es bastante difícil crear algo

nuevo para alguien embrutecido con el trabajo y que por trabajar y hacer lo suyo, pierde la perspectiva y la imaginación, elementos esenciales de la creatividad.

No niego al trabajo, pero ¡ojo eh!, tampoco hay que negar al ocio. Este produce grandes cosas; todo es cuestión de usar el tiempo de vagancia en forma positiva, pero sin vagancia no hay creación, no hay innovaciones. Así de simple.

Pasemos a la queja. No hay nada más antipático que una persona que todo el tiempo protesta, pero también no hay nada más patético que alguien que lo asume y lo acepta todo con la paciencia de Job y la tribulación de un mártir. Aquí, en este punto, también discrepo de las ideas generales, pues creo que el “quejoso” –siempre que no llegue a extremos, claro– es importante para lograr cambios, para modificar un estado insatisfactorio de cosas.

Si los trabajadores no se hubieran quejado, no tendríamos los avances en materia de sindicalización, seguridad social y de desempleo que brindan las sociedades modernas. Si los pueblos no se hubieran quejado, todavía seguirían bajo la égida de gobiernos despóticos y la democracia no hubiera surgido. Si no hubieran quejas, los gobernantes, jefes y conductores de la comunidad organizada harían lo que les da la gana, o no harían nada bueno ni cambiarían las cosas, lo cual es aún peor. Es el potencial elemento de protesta el que obliga a los poderosos a modificar sus pautas y cambiar el “status quo”. Si no hay queja, implícitamente se está aceptando una situación y ello hace imposible la modificación cualitativa.

En fin, podríamos seguir especulando con todas estas ideas, pero una cosa es segura: ocio y queja –debidamente dosificados– son buenos. Sin estos dos aspectos del carácter humano, no habría innovación, ni progreso, ni evolución.

Paradójicamente, tanto el ocio como la queja están vilipendiados a ultranza. Juzgue usted amigo lector. Percibirá que si se execra tanto al ocio y a la queja es justamente –quizá– porque así se quieren ahogar las posibilidades creativas y las necesidades de cambio de una sociedad.

-----00000-----